

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

Las hazañas de Paco

I

—Madre ¿es que se han roto las campanas de la Torre?
 —No, hijo.
 —Por qué tocan con campanas de madera?
 —Porque el Señor ha muerto.
 —Y por qué se ha muerto el Señor?
 —Por salvarnos á todos los pecadores.
 —Y de qué se ha muerto el Señor?
 —Del daño que le hemos hecho con nuestras culpas, de los horribles suplicios á que le sujetaron los judíos, hasta clavarlo en la cruz donde expiró.
 —Madre, y quiénes son los judíos?
 —Unos hombres muy malos.
 —Serán tan malos como esos que dicen el señor cura que les llaman liberales?
 —Allá, allá se van.
 —Y por qué mataron los judíos al Señor.

—Mira hijo... déjame en paz, que tengo un dolor de cabeza que no me veo, mañana, te vas á las doce á la Iglesia, al sermón de las siete palabras y te enterarás de todo lo que ahora preguntas mejor que si te lo explicara yo.
 Y la señá Serapia entró á la cocina á darle una vuelta á la comida, mientras que su hijo Francisco, un arrapiezo de nueve años, rubio y colorado como una manzana, se largó á la calle á reunirse con una tropa de compinches suyos, á la que debían más de una caricia los miserables perros del barrio.

II

Viernes santo era y aún tocaban las campanas de palo... como que estaba muerto nuestro Señor!
 —Pero, Madre, es que el Señor no revive?
 —Sí, hijo, mañana resucitará.
 —Y por qué no resucita hoy?
 —No faltas al sermón y sabrás por qué.

Faltar Paquillo al sermón? ni por pienso.
 Que estuviera muerto el Señor, no era obstáculo para que asistiera á la pedrea... ahí era nada la paliza que les esperaba á los del Puente alto... peladilla vá, peladilla viene, estos con ondas, aquellos con palos, gritos aquí, de nuestros allá, éste descalabrado, aquel molido, todos sudorosos; pero llegó el medio día, se oyó la campana de palo tocar el Angelus y Paquillo se ató la on-

da á la cintura y desertó... quiero decir abandonó la refriega y rápido como el pensamiento, se encaminó á la Iglesia.

III

Acaba el señor cura de comenzar el sermón; qué bonito estaba aquello... el presbítero simulaba una montaña formada con pintarrajeados bastidores de tela de saco, y en la cumbre se destacaban, sobre un fondo morado, las siluetas del Redentor y de los dos ladrones, de la Virgen, San Juan y un soldado que llevaba en la mano una caña con un bulto en la punta... ¿qué sería aquello?...

Aquello era que el sacristán tenía mucho ingenio e iba á dar el golpe con sus figuras, que se irían moviendo merced a un hábil mecanismo de cordeles que él manejaba en los momentos oportunos.

Una vez que Paco lo hubo examinado todo, puesto atención al predicador... ¡qué iniquidades! aquello ponía los pelos de punta... y nuestro héroe sentía sublevarse en las venas, su sangre de guerrillero incipiente, si él hubiera estado con los suyos... ya se hubieran guardado mucho de aporrear al Señor.

Y pensaba... ¿por qué habremos nacido tan tarde?

IV

Llegó la quinta palabra... y aquí del golpe del sacristán.

—«Ahí lo tenéis en la Cruz—decía el señor cura—lívido, ensangrentado, sediento; abre sus labios y con una voz apagada dice «sibio: sed tengo»; y por toda contestación, y como una gran caridad un soldado le alarga con una caña una esponja empapada en hiel y vinagre.»

Entretanto, el soldado aquel, gracias al ingenio del sacristán, ejecutó punto por punto, lo que el señor cura iba refiriendo.

Paquillo no pudo más, y en el colmo de la indignación, se tentó los bolsillos donde aún quedaban algunas piedras, se descifró la onda y... una de esas pedradas monumentales, certeras, capaces de enviar un hombre al otro barrio, vino á dar en la cabeza al monigote que cayó al suelo con un trozo de peñasco...

Paco, asustado de su obra pero con la conciencia del deber cumplido, alejóse de la iglesia con paso acelerado, murmurando entre dientes:

¡Canalla, eso no se hace... así no se engaña á nadie... darle hiel al Señor! hereje; más que hereje!

V

—Ay señor cura de mi alma! que el señor alcalde, ha mandado llamar á mi

Frasquito, por lo de la Iglesia, y de seguro me lo encierran.

—No te apures, Serapia, ahora iré para la alcaldía y veremos si lo puedo arreglar.

—Dios se lo pague...

Y dicho y hecho, á los pocos minutos entraba el buen párroco en el despacho del alcalde, que muy repantigado en su mesa, estaba haciendo pasar á Paquillo las de Cain.

—Pero, por Dios! señor alcalde, que esta criatura no sabe lo que ha hecho, que ha tomado la cosa tan á lo vivo, que la ha creído verdad.

—¡i...!

—Que no, señor alcalde, su conducta es muy digna... algo más digna (esto muy bajo al señor alcalde) que la de quien leyendo y fomentando la difusión ese papelote que usted tiene en la mesa, dá de beber nuevamente hiel y vinagre al Redentor.

—¡i...!

Y al cabo Paquillo y el señor cura salieron silenciosos de la alcaldía.

Pero aquel á quien el mal rato pasado le había encendido la sangre, preguntó al señor cura.

—Oiga usted, es de verdad lo que usted ha dicho de que el alcalde le da también hiel y vinagre al Señor?

—No, hijo, eso es en sentido figurado.

Pues si llega á ser en sentido sin figurar, de la pedrá que le arreo no le hubieran quedado ganas para volverlo á hacer.

L. Ezcurra

PLEGARIA DE UN SEVILLANO

Paresito mío
 que en crú está clavao
 con las curpas que toos cometemos,
 que eso son tus clavos.
 Esos son tus clavos,
 curpas mardesias,
 ¡por qué ar Pare más güeno de toos
 le han costao la vidal!
 ¡Qué doló tan grande,
 Paresito mío!
 ¡que ar más güeno de toitos los pares
 lo matan sus hijos!
 Te hemos dao mar pago,
 negarlo no pueo.
 ¡Pare mío, perdona á estos probes
 ya que eres tan güeno!
 Yo no quieo fartarte
 Pare de mi arma,
 pa que en la hora é mi muerte no tengas
 que echarme ná en cara.
 Y antes que te farte,
 mira lo que digo:
 ¡Ajorcao se vea mi cuerpo,
 Paresito mío!

X.

Judios y Cristianos

Los judíos habían visto y oído con admiración á Jesús, y presenciado atónitos sus milagros; veían cumplirse en Él todas las profecías; á cada paso sollicitaban de Él favores maravillosos, porque creían en su poder; recibieron innumerables y portentosos beneficios de su omnipotencia; veían resplandecer en su persona, en sus obras y palabras la eterna bondad, la verdad infinita y el poder divino, querían aclamarle Rey, y le recibían con ramos y palmas, confesándole enviado del Señor.

Con todo eso, los judíos, se dejaron seducir y arrastrar por la envidia y el odio de los principes, de sus sacerdotes, de los escribas y fariseos; y pidiendo la muerte del Justo, le pospusieron á Barrabás y quisieron y lograron, hasta el día de hoy, que la sangre del Mesías cayera sobre ellos y sobre sus hijos.

El cobarde juez de Galilea, conociendo y publicando su inocencia, le condenó á morir en el patíbulo más afrentoso que había; le hizo azotar, le dejó abofetear y escupir y coronar de espinas, y villendar de mil modos; y le crucificó entre dos ladrones.

Y el pueblo estaba mirando, dicen los Evangelistas; y los principes, juntamente con él; y le denostaban; muchos se acercaban á la cruz y pasaban por delante blasfemando; asimismo le insultaban los sacerdotes, escribas y ancianos; le escarnecían los soldados, repartiéndolo y sorteando sus vestiduras, y le daban á beber vinagre; y los ladrones que estaban con Él, hasta que uno de ellos se arrepintió, le improperaban.

Pero Jesús, cuando todas las profecías estuvieron cumplidas y el sacrificio fué consumado, dando una gran voz, dijo:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Y diciendo esto espiró.

Y el sol se oscureció desde el medio día hasta media tarde, y el mundo todo se cubrió de tinieblas; el velo del templo se rasgó por medio, de alto abajo; la tierra tembló, se hundieron las piedras, se abrieron los sepulcros...

Y cuenta el sagrado texto que, cuando vió el Centurión lo que sucedía, glorificó á Dios clamando:

—¡Verdaderamente era este hombre Hijo de Dios!

Y todo el gentío que asistía á este espectáculo, el mismo que había pedido la muerte de Jesús ó insultádole en su Pasión y escarneídole en la cruz; al ver lo que pasaba, se espantó y huyó; hiriéndose los pechos, aterrado y des-pavorido.

Los pueblos del lado de acá del Calvario vieron más que los judíos.

Porque vieron lo que ellos, y vieron renovarse el mundo con transformación maravillosa, semejante á una nueva creación.

Vieron á la Iglesia de Dios, perseguida y martirizada, luchando en los potros y los tormentos con todos los poderes de la tierra y todas las pasiones de los hombres; y vencerlos y ablandarlos y anegarlos y regenerar al mundo, en tres siglos de martirio, con torrentes de sangre de millones y millones de mártires. Vieron á la Iglesia de Dios salir de las Catacumbas y luchar

con la horrible corrupción que coróia como lepra á medio mundo; y con la espantosa barbarie del otro medio, que se derramó como fuego asolador por toda la tierra conocida; y vencerlas y dominarlas, y de un mundo pagano adorador de todos los vicios y maldades, deificadas, hacer un mundo cristiano, temeroso del Dios verdadero y aspirando ó admirando y venerando las virtudes más sublimes.

Vieron el sol de la verdad brillando sobre los hombres; y á los pueblos, salir de las sombras de muerte en que yacían; vieron al hombre embrutecido y á la mujer envilecida, recobrar su dignidad; al esclavo, soltar sus cadenas; á la riqueza, humillarse ante el pobre ennoblecido; al trabajo, levantarse santificado; y vieron surgir de la Iglesia la familia cristiana, al padre, la madre, la esposa y la doncella cristiana, nunca imaginados ni soñados por los más grandes filósofos y poetas del paganismo; y poblarse los desiertos, los monasterios, hospicios y hospitales, de almas vírgenes consagradas á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos.

Vieron constituirse los Naciones cristianas, fundadas en la justicia; y formar se la Cristiandad; y crecer, de grandeza en grandeza y de esplendor en esplendor; y hacer de Europa un gigante de cien brazos y una sola cabeza, dispuesta á salvar los más levantados términos y las mayores alturas de la civilización posible, y á llevar tanta grandeza á los últimos términos de la tierra.

Y, con todo eso, á los mil quinientos y dos mil años se reprodujo la escena del Calvario. No ya solamente los judíos sino los mismos pueblos regenerados por Cristo, seducidos ó comprados por la judaica perfidia, se rebelaron contra la Iglesia; aunque España, siglos enteros, contuvo á la herejía y mantuvo triunfante la Causa de Dios; al fin cayó España, se consumió la apostasía de las naciones, y Jesús fué ultrajado, becado, azotado, escarneido y crucificado en todos los pueblos cristianos.

Y como el velo en el templo de Jerusalén, rasgóse la fecunda unidad de creencias que animaba, prosperaba y hacía inconstrastables á los pueblos cultos; y se encendió espantosa guerra de secta contra secta, escuela contra escuela, partido contra partido, clase contra clase que amenaza acabar con toda la sociedad humana en la anarquía. Obscurecióse el sol de la verdad; y envolvió los hombres espantosa confusión de creencias, ideas y opiniones; más terrible que la confusión de lenguas en la Torre de Babel. Tembló la tierra con sangrientas revoluciones que derriban tronos y repúblicas, y tienen á las naciones en continua zozobra, sigilantes y arruinadas; y cada día se muestran más negras y pavorosas, y duran un siglo y otro, y no llevan traza ni dan señas de acabar, si no es con la disolución social.

Como el cielo y la tierra dieron muestras de luto y tristeza viendo padecer y morir al Autor de la naturaleza, las sociedades cristianas se conturban y deshacen al arrancar de sus entrañas al que las dió vida y ser y las hizo prósperas y grandes.

Y las sociedades se desploman, el género humano se desgarrá... Pero ¡ay! que el Centurión no abre los ojos, ni la multitud hace caso de las señales del cielo y de la tierra, ni ven, ni oyen, ni sienten su ruina y desolación ante las

consecuencias fatales y ya evidentes de su yerro criminal!

Y los Centuriones, ciegos voluntarios y empedernidos, y las turbas insensatas y enloquecidas por su culpa, siguen desafiando las iras del Cielo y pidiendo que la sangre del Justo caiga sobre ellas y sobre sus hijos, y clamando entre blasfemias y alaridos de rabia y de dolor: ¡Tolle, tolle crucifige, crucifige!...

R. N.

Palabras proféticas DE DONOSO CORTÉS

«Sigan ustedes conmigo los pasos del Salvador desde que nace en el pesebre hasta que muere en la cruz. ¿Qué significa esa nube de tristeza que cubre perpetuamente su sacratísimo rostro? Las gentes de Galilea le vieron llorar: la familia de Lázaro le vió llorar: sus discípulos le vieron llorar: Jerusalén le vió inundado de lágrimas. Todos, todos vieron las lágrimas en sus ojos. ¿Quién vió la risa en sus labios? Y ¿qué era lo que veían tan turbados aquellos ojos en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, como las venideras? ¿Veían, por ventura, al género humano navegando por un mar sin vajíos y en plácida bonanza?»

No, no.

Veían á Jerusalén cayendo sobre su Dios; á los romanos cayendo sobre Jerusalén; á los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; á las revoluciones, amantadas á los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades, á los socialistas cayendo sobre todos.

«Sí; la sociedad europea se muere, sus extremidades están frías, su corazón lo estará dentro de poco.»

(Donoso Cortés. Cartas á Mr. de Montalambert y al director del Heraldo de 26 de Mayo, 4 de Junio y 26 de Junio de 1849.)

La bandera

Ninguno de los que hayan pasado honrosamente por las filas militares, desconoce la suma importancia que en el ejército tiene «la bandera», primer emblema de la nación. La bandera es para el soldado la insignia más gloriosa, pues de honor y de gloria colma al que sufre acciones ó derrama su sangre ó pierde su vida por ella, por su patria.

Los paisanos todos, por lo mismo, deben mirarla con el mayor respeto, y tributarle los honores que debemos á tan sagrado emblema de la honra de nuestra nación.

Al verla pasar precedida y escoltada por los bravos militares, descubrámonos reverentes, y ello también llenará de patrio y bélico orgullo á los veteranos cual á los reclutas en su fausto y memorable día de jurarla fidelidad.

¡Viva España! ¡Viva su ejército! ¡Viva su bandera!

¿Verdaderamente era Dios!

Hoy que todo se combate, hasta la divinidad de nuestro Salvador, examinemos si se cumplieron en Él las profecías. Ved cómo le anunciaron.

Preso el Salvador, todos sus discípulos huían dispersos (Zac. XIII, 7), sus enemigos se juntarán en concilio y le rodearán como perros rabiosos (Ps. XXI, 17) y le condenarán á muerte (Sap. x, 20). Despedazarán su cuerpo con azotes (Ps. LXXII, 14,) le escupirán al rostro y darán de bofetadas (Is. L. 6, 7), cargarán la cruz sobre sus hombros (Is. LIII 6), y le clavarán en ella las manos y los pies con clavos durísimos (Is. XXI, 17), y le pondrán entre dos ladrones (Is. LIII, 12), y Él hará oración por sus verdugos (ibid), los cuales dividirán su manto y echarán suertes sobre su túnica (Ps. XXI, 19). En su sed le darán á beber vinagre (Ps. LXVIII, 22). No le quebrantarán los huesos (Exod. XII, 46; núm. IX, 12), pero le abrirán el costado (Zac. XII, 10).

¿No es esto lo que sufrió Nuestro Señor Jesucristo, como nos dicen los Evangelios?

No está mal

La pasión del Señor es una afrenta para los hombres.

Ni una mujer le ultrajó, todas le servían ó iban llorando tras Él.

(Remitido)

Muerte de Voltaire

En 25 de Febrero de 1758 había escrito á su amigo D. Alembert: «Buen papel hará Dios dentro de 20 años». Se prometía el blasfemo acabar en el término de 20 años con la Religión. Cumpliéronse los 20 años, y en 25 de Febrero de 1778, Voltaire veíase atacado del vómito de sangre que le llevó al sepulcro. Sus ojos parecen dos ascuas de fuego, sus cabellos están erizados, todo su cuerpo temblando de horror: ha comenzado ya su infierno antes de morir, y en las convulsiones de la más horrenda desesperación se revuelve contra el cielo, como si fuera demonio, desgarrando con los dientes sus propias carnes, revuélcase en sus inmundos excrementos y aun los lleva asquerosamente á la boca, y después de haber helado de espanto á los que le rodeaban, muere como un réprobo.

Tal es la descripción que se hizo pública, hasta en las revistas y periódicos, que dieron cuenta de los últimos instantes de aquel impío.

CHARLA

—Y cómo empezó eso del protestantismo que no lo recuerdo bien?

—El protestantismo tuvo su origen en un mal fraile que colgó los hábitos; que se casó sacrilegamente con una monja á quien sedujo, llamada Catalina de Bora, y que habiendo llevado una vida tan ruin y escandalosa que no se puede honestamente escribir ni leer, se ahorcó despues de un banquete.

—El papá del protestantismo fué persona recomendable.

—Varias veces le instó la Iglesia para que volviese á su seno, en varios concilios refutó de un modo acabado los sofismas del apóstata sin que éste ya subyugado por las pasiones de la carne, quisiera darse por convencido, lanzando groseras calumnias contra el Papa y los Obispos, tergiversando conforme con su manera de pensar y obrar los textos de la Biblia. El mismo llegó á confesar que para dar mas fuerza doctrinal á su sistema transformó el siguiente texto de San Pablo: «Creemos que el hombre se salva por la fe» en «Creemos que solo por la fe se salva el hombre» y á los que le censuraban esta alteración solia responderles «Yo bien se que la palabra solo no existe en el texto de San Pablo, pero si algun papista os arguye en contra, decidle que esa es la voluntad del Dr. Martin Lutero y que siento no haber añadido otras palabras.

—Bien, bien le imitan sus fieles hijos arreglando ó interpretando el Nuevo Testamento cada cual con arreglo á sus gustos y aficiones. A matuteros evangélicos no hay quien los gane.

—¿Crees tú que Lutero fué ni siquiera bueno para con el pueblo? Su parcialidad ruda y sangrienta se demostró bien clara cuando, en sus convenios con los principes á costa del pueblo para asegurar su reforma eclesiástica que tantos desastres trajo á Europa, dijo «Todo el que pueda mate, pegue y degüelle á los campesinos».

—Córcholis, con el primer santoprotestante.

—Fues verás los otros que tuvo esa religión reformada. El segundo fué Calvino, que se hizo hereje porque no le dieron un canonicato y fué tan bárbaro y cruel que hizo quemar vivo á fuego lento á su amigo Servet; y tan vicioso, que por deshonesto y sodomita fué marcado con el hierro candente por sentencia del tribunal de Noyón; y así le lamaba la gente con el apodo de el marcado. Murió finalmente de enfermedad vergonzosa, desesperado de su salvación é invocando al diablo.

Enrique VIII de Inglaterra, tipo grosero de inmoralidad, crueldad y lascivia que cada año se casaba con una mujer para matarla al siguiente y que se separó de la Iglesia Católica por que ésta no quiso aprobar su conducta.

Teodoro Beza, hombre inmoral; escritor de versos obscenos. Knox, verdugo sanguinario, incendiario feroz....

—Basta, basta que me edifico con el ejemplo de tantas virtudes. ¡Y cuántos imitadores tienen en el protestantismo! ¡Oh que religión tan apropósito para gándules y bobalicones! Por supuesto que estos santos tendrán tambien sus milagros para probar la verdad de su doctrina....

—¡Ya lo creo que los tienen!

Quiso un día Calvino autorizar sus errores nada menos que con la resurrección de un muerto. Entendióse á este fin con otro de su misma calaña para que se tendiese amortajado en un féretro. Pero la farsa produjo un efecto muy contrario al que los herejes pretendían. Porque cuando Calvino, delante de la multitud, con voz muy entonada dijo al difunto: «¡Levántate!» el muerto de burlas se quedó muerto de veras.

Esto no es un cuento: es un hecho histórico que nos dejó consignado el sapientísimo Cardenal Belarmino (*de Notis Eccl. cap. XV.*)

Decía ya en su tiempo el famoso Erasmo: «Todos los protestantes juntos no han sido capaces de curar un caballo cojo».

En cambio, por confesión de los mismos protestantes, San Francisco Javier, que predicaba en las Indias y en el Japón la doctrina católica al mismo tiempo que Lutero la suya en Alemania, probó su misión con milagros.

—Es natural, como que la religión Católica es de origen divino y la protestante....

—Es en síntesis lo que te voy á decir: herejía que se emancipa de toda autoridad, que erige la razon individual en supremo árbitro de lo que se ha de pensar, hablar y hacer, que cree lo que quiere y niega lo que no le agrada, que obra como le place, que santifica el crimen ó le hace no imputable, que esgrime las armas del sofisma y de la mentira, que halaga las pasiones, que incita al robo y saqueo de los bienes del clero, que destroza imágenes y destruye conventos y quema iglesias y que sanciona toda sublevación y desman».

—No obstante, hay protestantes buenos, honrados, que creen de buena fe....

—Si es cierto, como hay católicos malos, viciosos que no creen en nada. Unos y otros son verdaderas contradicciones dentro de sus respectivas creencias y ten muy en cuenta que cuanto mas sabios y honrados son los primeros mas simpatías sienten por la religión católica en la que muchos acaban por ingresar, y que cuanto mas ignorantes y viciosos son los segundos tanta mas inclinación muestran por el protestantismo á donde tarde ó temprano van á parar para «Pecar fuerte» siguiendo el lema de Lutero. Hay mas: dicen los protestantes de nosotros que á pesar de nuestro catolicismo no estamos en camino de perdición, y dice el catolicismo de los protestantes que si persisten en su error se condenarán, por esto ningun católico en la hora de la muerte se hizo protestante y si muchos protestantes se hicieron católicos.

—¡Ese es el gran argumento! Oír cantar la gallina á muchos en la hora en que no valen farsas. A mi me gustaría saber algunas de las principales contradicciones en que incurre esa gente para darle con ellas en cara siempre que me viera á sermonear al oído.

—Te señalaré algunas, pocas, para ser breve. Hablan los protestantes de libertad de conciencia y ahí está la historia desde Lutero acá cogiéndoles en renuncio. Ya te dije antes lo que Lutero y sus compinches hicieron con los que no se conformaban con su doctrina y despues Enrique VIII é Isabel de Inglaterra ¿no quemaron diez católicos por cada hereje que la Inquisición quemó en España? ¿No hicieron ahorcar en un dia, estos transigentes mas de 400 mendigos en Londres colgándoles

de las vigas del palacio que se estaba construyendo para el Obispo? Y casi en nuestros días ¿no está ahí Irlanda cuyas horribles leyes penales, dictadas por los protestantes ingleses han sido el escándalo de Europa?

Reniegan los protestantes de la Tradición diciendo que solo al texto del Nuevo Testamento se atienen y ni es verdad lo uno ni lo otro, pues por la tradición hacen muchas de sus cosas, tales como guardar la fiesta del domingo, pagar diezmos etc. etc. y ni al texto del Nuevo Testamento se atienen; vaya un ejemplo muy importante. Leen los protestantes en el Evangelio aquello de «Quien creyere y fuere bautizado será salvo mas el que no creyere será condenado» y no quieren leer mas, les basta esto para salvarse cómodamente, cuando si siguiesen leyendo aun en sus mismos libros, encontrarían que Santiago en su epístola, cap. II dice de un modo terminante «La fe si no tuviere obras, muerta es en si misma» (Vers. 3.º) «Pero quieres saber oh hombre vano! que la fe sin las obras es muerta» (Vers. 20) «¿No veis cómo por las obras es justificado el hombre y no por la fe solamente» (Vers. 24) Y San Pablo dice «Porque en Jesucristo nada valen ni la circuncisión ni el prepucio, sino la fe que obra por la caridad» y respecto de la penitencia que tan duro se les hace á los seguidores de Lutero, dice el Evangelio de San Lucas, cap. XIII «Mas si no hicieris penitencia, todos pereceréis de la misma manera.»

—Cómo saben callar esos tuos lo que no les conviene.

—Ya ves cómo con sus mismos libros se encuentran cogidos.

—Pues si les hurgan mucho con esos textos que V. acaba de citarme luego los hacen desaparecer tambien.

—Por no alargarme demasiado no quiero impugnar ahora aun con sus mismos evangelios la negacion que la secta protestante hace del purgatorio, pero oye lo que refiere Cabino Tejado cuando estaba en Paris, des. pues de la última guerra civil.

Paseaba una tarde por las calles de sepulcros del Père Lachaise, y vió un convoy fúnebre que atravesaba la parte no consagrada del cementerio.

Entre cuatro depositaron el ataúd don le iba el cadáver en una sepultura ya preparada; los demás rodearon la zanja y contestaron á las plegarias que decía un señor de larga levita negra y grandes patillas blancas que presidía el duelo. Terminado el entierro, los acompañantes se fueron alejando, y sólo quedó el de las patillas blancas y la levita negra, con la cabeza descubierta y moviendo los labios como quien reza quedo.

Cabino Tejado no pudo resistir á la curiosidad, se acercó, y cuando el otro hubo acabado, le hizo una reverente cortesía, y le dijo:

—Perdone usted, señor mío. Soy extranjero ¿Tendría usted la bondad de contestarme á unas preguntas?

—Con mucho gusto—replicó afablemente el francés.

—Evidentemente este entierro no era católico, no necesito preguntarlo.

—No, señor; el difunto pertenecía á la confesión evangelista.

—Pues al darle tierra me ha parecido que decían ustedes algo, y ahora he creído que usted murmuraba algunas palabras. Perdone mi curiosidad, ¿qué decían ustedes?

El de las grandes patillas y la larga levita mostró cierta sorpresa y respondió:

—Rezábamos por el alma del finado.

—Una y mil veces vuelva usted á perdonar—le dijo Tejado.—Pero si está en el Cielo no necesita oraciones; si está en el infierno de nada le sirven; y ustedes no creen en el purgatorio: ¿para qué rezaban ustedes?

Tras de un breve silencio el protestante dijo, bajando los ojos:

—En todas partes se encuentran contradicciones.

—Se ergaña usted—replicó Tejado—Cien y cien veces quiero morir antes que perder mi fe católica; y con todo eso, le puedo á usted prometer que dejaré de ser cristiano el día que encuentre usted una contradicción en la verdadera Iglesia de Dios.

Y haciendo otra reverencia al francés continuó su paseo por entre las calles de sepulcros.

Y es que en Francia como en Alemania y en todo el mundo, la idea del purgatorio es de sentido común, y al que pierde una persona querida lo primero que se le ocurre es pedir á Dios por su alma.

Y si de esta contradicción pasamos á otras, tendras que hacer poco fué vendido en Londres, por el elevado precio de 17 guineas (450 pesetas aproximadamente) un pedazo del pastel de boda de la Reina Victoria. Y, sin embargo, los protestantes censuran la veneración que los católicos prestan á las reliquias de los santos.

Con motivo de la Exposición Universal de Chicago, y al ser allí trasladada la famosa campana de Filadelfia, llamada «Campana de la libertad», por recordar la revolución americana, las muchedumbres salían al paso para tocar á la citada campana objetos de su uso particular, como relojes, sortijas, alfileres, etc., y, sin embargo, los protestantes ridiculizan la piadosa costumbre que tienen los católicos de tocar con sus rosarios, medallas, etc., las reliquias de los santos.

Y a granel, si así puede decirse, tienes en la actualidad contradicciones protestantes. Ya recordarás lo que en uno de estos números pasados de «El Amigo del Pobre» decía a propósito de la asistencia del Rey Eduardo á los funerales en una Iglesia Católica por el Rey de Portugal, que en la mayor parte de las iglesias anglicanas se observan casi todas las ceremonias del culto católico y adoran á la Virgen y á los santos y hasta el Santísimo Sacramento y piden por las intenciones del Romano Pontífice!

¿Quieres mas? Aun puedo señalarte mas inconsecuencias protestantes.

—No no: si para muestra basta un boton ya me va V. dando lo menos dos docenas.

—Pues bien, por todas las razones que apuntadas quedan y otras muchas, el católico honrado en cuyas manos cae un libro protestante, se burla de él y lo tira al punto. El perverso, por el contrario, halla plausibles aquellos insultos contra el Catolicismo, contra la Iglesia y contra el clero.

Otro día terminaremos esta cuestión.

Correspondencia Administrativa

D. R. L. F. (Posada) Llanes.—Abonado primer trimestre año actual.

BIBLIOGRAFIA

Las sociedades de socorros mútuos

Hemos recibido, y agradeciendo, el primer folleto que dedica á la *Mutualidad* la BIBLIOTECA DE LA PAZ SOCIAL. Con él inaugura una serie de folletos prácticos, verdaderas Cartillas sociales, que comprenden lo más indispensable para la fundación de cada Obra social.

Esta Cartilla para las Sociedades de Socorros mutuos, ha sido escrita por LE SOC y consta de 48 páginas, en las cuales con la documentación precisa se desarrolla de una manera detallada y completa cuanto con ellas se relaciona.

Este folleto, editado con esmero, sólo cuesta 25 céntimos en la Imprenta de Salas.—Zaragoza.

FELIZ INICIATIVA

Para la campaña de propaganda en favor de todas las publicaciones católicas que han de llevar á cabo en el verano próximo 70 Seminarios españoles adheridos al Pontificio de Sevilla, dirigiendo y facilitando los trabajos de más de 10.000 propagandistas se ha abierto una suscripción nacional encabezada con un donativo de 250 ptas. del Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla.

Nuestros lectores que puedan harán un gran bien contribuyendo con algún donativo, grande ó pequeño, á sostener Obra tan trascendental é importante. Las limosnas deben mandarse al M. I. Sr. Rector del Seminario de Sevilla, enviando á la vez las señas del domicilio de los donantes para acusarles recibo por medio del número de *Ora et Labora*, en que aparezca su limosna.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

A las conferencias de San Vicente de Paul, Hospitales, Escuelas de Adultos, Cocinas Económicas y Catecismos se hace el 25 por 100 de descuento, pagando por semestres ó años adelantados.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca» San Bernardo 23 y en la imprenta de «El Popular» Cabrales 1.

La correspondencia de provincias al Director de «El Amigo del Pobre».—Gijón.

Los pagos de fuera de la localidad, pueden hacerse por trimestres, semestres ó años anticipados en libranza del giro mútuo ó en sellos de 0'15 de peseta y de 0'25.

Los números de «El Amigo del Pobre» que nuestros suscriptores de la localidad tienen á bien dejarnos para el reparto por nuestra cuenta, se distribuyen siempre á los obreros á la salida del trabajo.

Imp. de «El Popular»